





Poderoso Jesús Nazareno,
de cielos y tierra Rey universal,
oye á un alma que os tiene ofendido,
pide que sus culpas queráis perdonar:
usad de piedad,
pues quisisteis por ella en cuanto hombre
ser muy maltratado y en cruz espirar.

Yo, Señor, soy el alma que ingrata
vuestro mandamiento llegué á quebrantar
muchas veces me pesa, y ahora
Señor, ya propongo mi vida enmendar:
usad de piedad
hoy conmigo y mostradme el camino
para que en serviros me pueda ocupar.

Jesucristo piadoso responde
diciéndola al alma: ¿quieres acertar
á servirme? procura contrita

todos tus pecados muy bien confesar,
y luego podrás
visitar las catorce estaciones
de la vía sacra, donde me hallarás.

Para ir por aqueste camino
tu cruz en los hombros, alma, llevarás
hasta el monte Calvario, y con ella
mi pasión y muerte contemplando irás,
y es medio eficaz
para el alma que firme desea
servirme y pretende sus vicios dejar.

El pretorio y casa de Pilato
serà la primera estación que andarás,
y verás que azotaron mi cuerpo
seis fuertes verdugos hasta se cansar:
sigueme y verás
que Pilato sentencia de muerte
me dió, procurando al Cèsar agradar.

Alma que ociosa te sientas
malogrando tu ocasión,
¿es posible que no sientas
mis dolores, mis afrentas,
mi muerte, pena y dolor?

Levántate fervorosa,
pues te llama amante fino,
busca esta piedra preciosa,
que la hallarás amorosa
si andas el sacro camino.

En la primera estación
atenta quiero que notes
con cuánta resignación
llevé por tu redención
más de cinco mil azotes.

Hombre, mira y considera
movido de compasión,
que en esta estación primera
me sentencian á que muera
entre uno y otro ladrón.

La segunda estación es donde
apenas oyeron la sentencia dar,
los verdugos la cruz me pusieron
en hombros, y aprisa me hacen caminar;
sigueme y verás
que una soga me echaron al cuello,
de la cual tiraban con grande impiedad,

A la segunda camina,
verás que en tumulto vario
todo el pueblo determina
que al son de ronca bocina
me conduzcan al Calvario

Guiando va un pregonero
á la descollada cumbre,
y el inocente cordero
va abrumado de un madero
con molestia y pesadumbre.

En la tercera estación verá el alma
que como á empellones me hacian andar
del madero que a costas llevaba
el peso tan grande me hizo arrodillar;
sigueme y verás.
que á puñadas, á palos y á golpes
aquellos tiranos me hacen levantar.

Cai en la estación tercera
y todos allí gritaron:
muera el embustero, muera;
y con indignación fiera
del suelo me levantaron.

Una soga á la garganta
me echaron para tirar,
pero con violencia tanta
que para sentar la planta
apenas me dan lugar.

En la cuarta estación considera
que cuando mi Madre me vino á encontrar
en la calle Amargura injuriado,
vertieron sus ojos copioso cristal;
sigueme y verás
que llena de penas y angustias
siguiendo mis pasos fué su Majestad.

Camino y todo obediente
al precepto de mi Padre,
cuando se me pone en frente,
rompiendo por tanta gente,
mi desconsolada Madre.

En este paso colige
que cuando la vi venir.
«vuélvete, Madre, la dije,
que tu pena más me aflige
que el saber voy morir.»

En la quinta estación alquilaron para que la cruz me ayude á llevar, á Simón Cirineo, y lo hicieron no porque movidos fueran de piedad:

 sigueme y verás
que lo hicieron temiéndose todos
quedaría muerto ántes de llegar.

En esta jornada larga
tan fatigado me veo,
que en aflicción tan amarga
me ayudó á llevar la carga
alquilado un Cirineo.

No lo hacen por caridad
al peso con que me inclino,
sino llenos de impiedad,
porque teme su crueldad
quede muerto en el camino.

En la sexta estación es adonde
una mujer fervorosa llegóse á limpiar
el sudor de mi rostro sagrado
con un lienzo blanco, llena de piedad:
 sigueme y verás
que mi rostro estampado en tres partes
quedó en testimonio de aquesta verdad,

Con la fatiga y calor
me veia desfallecer,
cuando movida á dolor
limpió á mi rostro el sudor
una piadosa mujer.

A tal estado he venido,
que con ser cielo sereno
me hallo tan oscurecido,
que sólo soy conocido
por llamarme Nazareno

En la séptima estacion es adonde
caido otra vez me verás,
y del golpe que di yo tan grande
después no podía ni aun un paso dar:
sigueme y verás
muy llagado mi rostro y mi cuerpo
herido, escupido y denegrado está.

Cai ¡oh qué desconsuelo!
al salir de la ciudad,
y me levantan del suelo
tirando de barba y pelo
con fiera inhumanidad.

A violencia de empellones
à caminar me precisan,
y entre injurias y baldones,
metido entre dos sayones
todos me arrastran y pisan.

En la octava estación me salieron
algunas mujeres con gran caridad;
afligidas sentían mi muerte
y haciendo sus ojos fuentes de llorar:
 sígueme y verás;
no lloreis, yo las dije, mi muerte
y por vuestros hijos y por vos llorad.

De unas mujeres oí
unos ayes lastimados;
pero las correspondí
diciéndolas que por sí
llorasen y sus pecados.

Si por las culpas ajenas
esto se ejecuta en mí,
más crueles serán las penas
de horror y de espanto llenas
que padecerás por tí.

La novena estación es adonde
estando mi cuerpo desangrado ya,
fatigado y muy falto de fuerzas
con la cruz á costas volví á arrodillar:

 sigueme y verás
que en esta tercera caída
llegué con mi boca el suelo á besar

 La gravedad del pecado
en la cruz tanto pesó,
que rendido y fatigado,
del todo ya desmayado,
en el suelo me postró.

 Al quererme levantar,
como la fuerza era poca,
caí para mas penar,
tan recio, que vine á dar
en la tierra con la boca.

Esta es la décima estación, adonde
habiendo llegado al Calvario, verás
que al quitar de mi cuerpo la ropa
volvieron mis llagas más á renovar:

 sigueme y verás
que la hiel con el vino mezclado
aquellos sayones á beber me dan.

Llegué al monte sin aliento,
sin poderme ya tener;
desnúdanme desatentos,
y doblando mis tormentos
vinagre me hacen beber.

¡Què vergüenza! ¡què pudor!
contempla padecería
pues del frío al rigor,
en el concurso mayor
desnudo al medio del día.

Esta undécima estación es donde
la cruz en el suelo sentada hallarás;
y sobre ella tendido mi cuerpo
veràs pies y manos en ella clavar;
sigueme y veràs
que al oír del martillo los golpes
quedóse del todo mi Madre mortal.

Los impios y tiranos
ímpelidos de furor
màs que tigres inhumanos,
me clavan de piès y manos,
cual si fuera un malhechor.

Después de fatiga tanta
un palo mi cama fué,
de solo el ancho de un pié
y de largo más de tres,
donde el cuerpo se quebranta

La duodécima estación es adonde
allà en llegando considerarás
cómo en alto la cruz levantaron
clavando mi cuerpo por me avergonzar:
sigueme y verás
el dolor que sintió allí mi Madre
al verme clavado en la cruz espirar

Ya que en la cruz me clavaron
inhumanos y crueles
en alto me levantaron,
ya con lanzas el soldado,
ya verdugos con cordeles.

Mírame entre tierra y cielo
de tres escarpías pendientes;
tiembla de dolor el suelo,
ràsgase del templo el velo
y el hombre no se arrepiente.

Esta es la décima tertia estación
donde fervorosos llegan á bajar
de la cruz mi santo cadáver
dos santos varones con gran caridad.

 sígueme y verás
que mi madre me tuvo en sus brazos
hasta que mandaron llevarme á enterrar

 Por tres horas bien cumplidas,
el aliento me duró,
hasta que por las heridas
mortales y repetidas
el alma se despidió.

 Ya era sombra todo el mundo
muerta ya su bella luz,
cuando con llanto profundo
aquel cuerpo sin segundo
fué bajado de la cruz.

Esta es la décima cuarta estación,
donde sepultura me fueron á dar
de limosna en un santo sepulcro
en el cual estuve tres días no más:

 sígueme y verás
que despues de dejarme enterrado
lloraba mi madre con gran ansiedad.

Ya à la última viniste,
contempla aquí con piedad
à mi Madre la màs triste
que jamàs veràs ni viste,
llorando su soledad.

No te asustes alma mía,
ponte en silencio à escuchar
los lamentos de María,
que sobre la losa fría
del sepulcro va à llorar.

Alma, pues que en mi pasión
me has acompañado fiel
de tus culpa el perdón
espera y tu salvación
por siempre jamàs. Amén

Estos graves dolores, tormentos
y muerte afrentosa que quise pasar
en cuanto hombre, fuè solo por darte
la vida y sacarte de cautividad;
sigueme y veràs
que obligado te tengo, cristiano,
à amarme y servirme por siempre jamàs

Ea, amados hermanos de Cristo,
todo el que quisiere vivir y agradar
à Jesûs nuestro Padre, procure
su pasión y muerte siempre contemplar
que su Majestad
nos dará en esta vida su gracia
y después en su gloria nos dejarà entrar





